LIBRO dot.com

Claudia

Drama en tres actos

Jacinto

Salas y Quiroga

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Le coeur d'un homme vierge est un vase profond;
lorsque la première eau qu'on y jette est impure,
la mer y passerait sans laver la souillure,
car l'abîme est immense et la tâche est au fond.
ALFRED DE MUSSET.

La mayor parte de las producciones del ingenio son puros enigmas, y sólo si el lector llega a explicárselos conoce el verdadero valor de una obra. La época de creación, el lugar, la educación, costumbres, edad y carácter del poeta son circunstancias tan esenciales, que componen muy a menudo el principal mérito de una composición literaria. Así es que por lo regular los amigos del escritor son los únicos que comprenden sus escritos.

El drama que va a juzgar el lector fue escrito primero en prosa, y se representó en el teatro de Lima en 1831. La gloria, personificada en una interesante actriz de aquella capital, fue quien me inspiró esta composición dramática, que es la primera que salió de mi pluma. Tenía yo apenas diez y ocho años, y acababa de salir, de un colegio de Francia mi imaginación estaba exaltada, pero con esa exaltación que puede dar la lectura de Boileau, compasada, fría y monótona. Cayó en mis manos Childe Harold, las demás obras de Lord Byron, las Meditaciones de Lamartine, y las Orientales de Victor Hugo, y un nuevo mundo se ofreció a mi vista.

Cuando no estaba todavía concluida esta revolución que en mí se hacía, escribí CLAUDIA, y por eso el primer acto parece de una escuela, y los dos últimos de otra. Confieso que el plan de la obra adolece de los defectos que da la inexperiencia; de la concepción de los caracteres nada me atrevo a decir. Sólo temo que Belton no sea comprendido por su originalidad.

Conozco una comedia inglesa con el mismo título que mi drama, otra francesa de Pigault Lebrun, y una ópera italiana de no sé qué autor, pero ninguna se parece a mi obra sino en el título.

Si el lector reflexiona sobre lo que acabo de confesarle ingenuamente, tal vez lea mi obra con indulgencia... ¡Ojalá me fuera permitido esperar algo más!

PERSONAJES

CLAUDIA.
AMBROSIO.
CONDESA.
BELTON.
BENJAMÍN, *niño.*

Librodot

Acto primero

El teatro representa un jardín con paredes a los lados. **A la izquierda del espectador una puerta practicable que da al camino**. **En el foro la casa de la** CONDESA.

Escena I

CLAUDIA, **vestida de hombre al uso de Saboya**, **con** BENJAMÍN **por la mano**; **un saquito al hombro que sirve de almohada al niño**. CLAUDIA **se pasea**, **y contempla a su hijo que duerme sobre el césped**.

CLAUDIA

Duerme, niño infeliz, mientras gimiendo
da un recuerdo tu madre a sus pesares;
duerme, y deja llorar a la infelice
que sin crimen no pudo ser tu madre.
Inocente cual tú fui largos años,
guárdate como yo de ser culpable;
que el crimen es lo mismo que la brasa,
lo mismo que el carbón inapagable,
que ennegrece y consume cuanto encuentra.
¡Si pudiera esto al menos acabarse!
Mas la brasa devora tus entrañas,
y la mancha horrorosa que allí estampe
jamás se borrará; jamás muchacho;
jamás, hijo del crimen de tu padre.
¡De tu padre!... Quien te engendró fue un monstruo,
un monstruo... como yo; no, más culpable,
más criminal aún, porque yo al menos
sé gemir, sé llorar, y sé ser madre;
mas él... si es hombre ¿qué ha de ser?... Un tigre,
un tigre como todos los mortales,
sin honor, sin virtud, sin inocencia,
perjuro al mismo pie de los altares,
obsceno con la casta, y asesino
a la faz del cordero que le lame.
Así son todos, todos son malvados,
todos sacian su sed con nuestra sangre;
todos miran los lloros de la virgen
como el señor su feudo; y a los males
del candoroso pecho de la joven
sonríen y se alejan los cobardes.
Sin la maldad aun fuera yo dichosa.
Un hombre... ¿Mas mis quejas de qué valen?
¿Quién sus lágrimas mezcla con las mías?
¡Ah! Todo en torno a mí desierto yace,
y si grito, si lloro, si suspiro,

no hallaré, no hallaré quien me acompañe.
Un día de mi madre en el regazo
vivía sin llorar. ¡Ah! ¡Cuán distante
estaba de pensar en mi infortunio!
Orgullosa era entonces. ¡Vano alarde!
Todavía el reloj de nuestra aldea,
al repetir las horas en el valle,
no me daba recuerdos de amargura.
¡Maldición! ¿Quién dijera que más tarde
con su voz sepulcral el negro crimen,
al son de esa campana, me acordase
que hoy hace tantas horas, tantos días
que olvidé las lecciones de mis padres?
Y sola en todo el mundo, sin amigos,
sin apoyo, sin nadie que me ampare,
en la casa paterna aborrecida,
¿para qué vivo yo?... Para acordarme
que he sido criminal... ¡Ah! Si ese niño
mi apoyo maternal no reclamase,
mi cuerpo, golpeado en los peñascos,
ya el alimento fuera de las aves;
que el sendero encubierto de la vida
para el feliz tan solo es agradable,
sólo para quien ama y es amado.
Si grito yo ¿quién me responde?... Nadie.
¿Y quién seca mi llanto cuando lloro?
Nadie. Y cuando mi hijo tiene hambre
¿quién le da de comer?... Quien me desprecia,
y a su llanto no más deja ablandarse.
Mas todo lo sufriera con paciencia
si una idea tan solo me dejase:
ese hombre a quien debo mi infortunio,
ese mortal que he visto un solo instante
para mi perdición, acá en mi pecho
ha dejado grabado su semblante,
y a veces, al delirio avasallada,
me imagino no pudo aun olvidarme;
me figuro que me ama, que me adora,
que suspira... Entre tanto... ¡Dios! ¿Quién sabe?
Entre tanto que vive en otros brazos...
Olvidando el amor que osó jurarme...
Mientras llora por otra... ¡Triste idea
que desechar del alma quiero en balde!

Librodot

Escena II

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO **(Saliendo con azadón, etc.)**
Al trabajo, buen Ambrosio;
ánimo, que no hay remedio,
y es preciso acomodarse
a lo que nos pide el tiempo.
Lo demás todo es locura,
y sólo propio de necios;
nada con rabiar se alcanza,
con que así vamos viviendo.
(Adelantándose.)
¿Quién será ese jovencito?
CLAUDIA Señor...
AMBROSIO Amigo, con tiento.
¡Señor, yo!... No te chancees,
soy un pobre jardinero.
Pero vamos, ¿qué se ofrece?
CLAUDIA Aquí vive, según creo,
la Condesa de Dernetti:
mi buen amigo, ¿no es esto?
AMBROSIO Aquí vive, no te engañas;
¿quieres verla?... Muy mal tiempo
has escogido, amiguito;
mas espérate un momento,
ya no tarda en estar lista.
CLAUDIA No señor, no: yo no quiero
hablar con esa señora,
tan solo saber deseo
si el tío Ambrosio, hortelano
de esta casa en otro tiempo,
se halla en ella todavía;
usted podría saberlo.
AMBROSIO Sí, amiguito, el tío Ambrosio
tiene aquí sus pobres huesos,
y echando a la espalda penas,
aquí vive muy contento;
si quieres hablar con él
no tienes que andar muy lejos.
CLAUDIA ¿En dónde está?
AMBROSIO Aquí contigo.
Pero, diantre, no comprendo
lo que tú puedes quererme:
dímelo pronto.
CLAUDIA Es que tengo
una carta que entregarle.

Librodot

AMBROSIO ¡Una carta!... ¡Ah! Ya entiendo:
Será sin duda ninguna
para dar a un caballero.
CLAUDIA No señor, es para usted.
AMBROSIO ¿Para mí? ¡Qué! No lo creo,
los pobres no tienen cartas.
Amiguito, el universo
es el país de los ricos,
los pobres nos escondemos;
estamos en casa ajena,
y no chistamos de miedo.
¿Quién acordarse podría
de un infeliz jardinero?
Pero dime, y esa carta...
¡Hombre!... Podría ser cierto...
Vamos, dámela.
CLAUDIA Señor... **(Dándole la carta.)**
AMBROSIO ¿Por qué tiemblas?... Di... ¿qué es esto?
CLAUDIA Señor, es una costumbre
que tengo cuando me acerco
a un hombre desconocido.
AMBROSIO Mala costumbre... Yo puedo
asegurarte, querido,
que si no la pierdes presto
tendrás bastantes disgustos;
no hay cosa peor que el miedo;
serenidad y firmeza,
ese es el mejor remedio
para hacer suerte en el mundo.
Perdóname si me atrevo
a darte este consejito;
lo hago porque te creo
recién llegado a Turín.
CLAUDIA Así es: hoy mismo llego.
AMBROSIO ¡Hoy! Hombre, ¿de dónde eres?
¿Cómo se llama tu pueblo?
CLAUDIA Chamuní.
AMBROSIO ¿Qué diablos dices?
Yo soy de allá, y aún me acuerdo
de mi ahijada, de mi primo,
mis dos hijas y mi nieto.
Dime, a ver ¿cómo te llamas?
CLAUDIA Yo Claudio por nombre tengo,
y soy hijo de Simón,
el de la calle del medio.
AMBROSIO ¡Del tío Simón! Pues hombre,
me hablas ni más ni menos
de un compadre, y de pariente
a quien en el alma quiero.

Librodot

A propósito, sobrino,
(pues, según veo, ya puedo
darte este nombre tan grato)
estoy con un gran deseo
de saber cuál es la suerte
de mi ahijada; ¿está en el pueblo?
¿Vive aún? ¿Está contenta?
¿Se casó? Di, ¿qué se ha hecho?

CLAUDIA Señor, lea usté esta carta,
Claudia en mis manos la ha puesto.

AMBROSIO ¿Quién? ¿Claudia? Pues no esperaba
tal carta, te lo confieso.
Dámela, puede que sea...
Mi Claudia, Dios te dé el cielo.
No te enternezcas, querido:
dime, ese niño que veo
dormido sobre la yerba
¿es tu hermanito? ¿No es cierto?

CLAUDIA Sí señor.

AMBROSIO ¿Por qué tan joven
le sacaste de tu pueblo
a pasar quizá trabajos?
Debe serte muy molesto.

CLAUDIA No señor, en mis viajes
es un dulce compañero.

AMBROSIO **(Abre la carta y lee.)**
«Tío y padrino, una falta
he cometido»... ¿Qué es esto?
Sigamos... «que cruelmente
ha expiado ya mi pecho».
Esto es cosa muy distinta.
Bien decía yo... ¡Qué miedo!
«Arrojada por mi padre...»
¡Ay mi Dios! Eso es muy serio.

CLAUDIA Por Dios compasión, la pobre...
Tío, siga usted leyendo.

AMBROSIO «A pesar de mi inocencia,
no hay nadie en el universo
que compadezca mi suerte.
¡Ay tío! ¡Cuánto padezco
de verme tan maltratada
por un padre que respeto!
¡Ay! Si usted fuese testigo
de mi angustia y mis tormentos,
usted, tío, me daría
en mis pesares consuelo.
Este papel va bañado
con las lágrimas que vierto.
¡Puedan mis males, padrino,

inspirar a usté el deseo
de aliviar a una infelice!
Si amparo en usted no encuentro,
sólo la muerte ya puede
ser de mis penas remedio.
Su ahijada y sobrina Claudia.»
Esto es muy lindo y muy bueno
pero, antes de enternecerme,
quiero me digas qué cuento
es eso de penas, de males...
Vamos, tú debes saberlo.
Cuéntamelo, a ver si es justo
que sienta su desconsuelo.

CLAUDIA

¡Ay mi tío! ¡Cuántas veces
pende de un solo momento
nuestra suerte buena o mala!
Un triste acaso, un suceso
muy a menudo acibara
de nuestros días el resto.
Claudia, la mísera Claudia
de esta verdad es ejemplo.

AMBROSIO

Déjate de inútil prosa,
y vamos al caso presto.

CLAUDIA

Feliz la triste vivía
bajo del rústico techo
de la cabaña paterna.
De sus padres embeleso,
todo su gusto cifraba
en verlos siempre contentos;
la pobre no conocía
más dicha que complacerlos:
una tarde que en el prado
cuidando de sus corderos,
cual de costumbre se hallaba,
atormentada del sueño
se recostó bajo un árbol
donde corría algún fresco:
mientras pacía el rebaño
la pobre estuvo durmiendo;
despertó sobresaltada,
y vio al punto a un extranjero
que a su lado enternecido
fijaba sus ojos tiernos
en los suyos sin malicia...
Él fue quien habló primero...
Por política tan solo
ella le contestó luego.
Era hermoso, y la pastora
hallaba placer en verlo.

Su mirar era elocuente,
y divinos sus acentos...
Habló, suplicó, lloró,
juró siempre amarla tierno;
En fin... en fin, caro tío...

AMBROSIO Se olvida de sus corderos.

CLAUDIA Y se olvida de sí misma.

AMBROSIO ¡Y su deber!

CLAUDIA Jurar puedo
que Claudia no conocía
otro deber más severo
que el de estimar a sus padres
y mirarlos con respeto.

AMBROSIO En fin, el desconocido...

CLAUDIA ¡Ay! Cuando en sí Claudia ha vuelto
ya el pérfido allí no estaba,
y la infeliz por consuelo
sólo su llanto tenía.

AMBROSIO Ya, ya, cuando no hay remedio,
llorar es lo que hacer saben
las muchachas de este tiempo;
pero en fin, ¿cómo se llama
ese alhaja de extranjero?

CLAUDIA Claudia sólo de él conserva...

AMBROSIO Un chiquillo cuando menos.

CLAUDIA Y una sortija que lleva
desde entonces sobre el pecho.

AMBROSIO Pero dime, ¿la muchacha
en qué vino a parar luego?

CLAUDIA Pronto tuvo que decir
a una hermana su secreto.
Fue madre, y solo el enojo,
la humillación, el desprecio
pudo obtener de su padre.
Éste irritado al momento
de su casa la arrojó,
por no ver más el objeto
que hizo cubrir de vergüenza
su rostro siempre sereno.
La infeliz vivió tres años
oculta en el mismo pueblo;
su padre lo supo, y ella,
de sus iras siempre huyendo,
toma su niño y se aleja
de este lugar tan funesto.

AMBROSIO ¡Válgate Dios! ¡Qué miserias!
Pero a fe mía no puedo
entender por qué es tan duro
el tío Simón. ¡Qué empeño!

Claudia hizo mal; pero es su hija...
¡Echarla! Aunque fuera perro.
Vaya, vaya, perdonar
es cuanto hacer sé de bueno.
¿En dónde está Claudia, amigo?

CLAUDIA ¿Puede esperar que sus yerros
serán de usted perdonados?

AMBROSIO Sí, sí, que no tenga miedo.
¿Dónde está?

CLAUDIA Tan gran delito...

AMBROSIO Vamos, sobrino, acabemos...
¿Dónde está Claudia?

CLAUDIA Postrada
ante un hombre sin modelo.

AMBROSIO Levántate, el que debía
humillarse es el perverso
que abusó de tu inocencia;
si consolarte yo puedo
ese es todo mi deber,
el castigo le da el cielo,
y bastante tu conciencia
te habrá acusado en secreto.
Todo, todo perdonar
lo hace el arrepentimiento.
Vamos, resígnate, Claudia,
dime, hija, ¿cuáles fueron
al venir a verme a mí
tus planes y tus proyectos?

CLAUDIA Trabajar aquí a su lado,
llorar a su vista, y luego
cuando vea mi pureza,
suplicarle que su anhelo
me obtenga de un padre airado
el solo bien que apetezco,
su perdón y su cariño.

AMBROSIO Bien, yo tus planes apruebo.
Tú pareces muy cansada;
descansa, que trataremos
más tarde de tus negocios.
(Se dirige a una puertecita que abre.)
Pasa con tu niño; adentro
hallarás mi pobre cama,
y algún leve refrigerio:
yo no puedo acompañarte,
tengo que hacer, pero presto
volveré acá: para hablar
a bien que nos queda tiempo.

Escena III

AMBROSIO **solo**.

AMBROSIO

¡Válgame Dios, qué perdido
está el mundo en nuestros días!
¡Qué juventud tan malvada!
¡Qué costumbres! En mi vida
pensé que a tanto llegase.
Vea usté esa pobre niña,
víctima de la maldad,
de la mayor picardía
que imaginarse pudiera.
Inocente y sin malicia
cayó la pobre en la trampa;
eso es cosa muy sencilla.
¡Pero el bribón de extranjero!
¡Quién le diera una paliza
que los huesos le rompiera!
¡Qué felpa tan merecida!
En mi tiempo no señor,
por más que las gentes digan,
no se cometían nunca
semejantes picardías.
Yo fui muchacho también,
y he pasado buena vida.
Me gustaba enamorar,
y rondar a la vecina,
pero nunca, a fe de Ambrosio,
cometí una villanía.
Cuando estaba en el servicio,
por ejemplo, iba a una villa,
y encontraba una muchacha
de ojos negros y algo linda,
ya se ve, la sangre hierve,
y yo no me contenía;
pero al declararle tierno
mi amor fino y mi fe viva,
entre burlas y entre veras
a la primera visita
al momento así le hablaba:
«Yo te quiero, vida mía,
te adoro como jamás
puedo adorar en mi vida,
y juro no abandonarte
hasta el punto que perciba
el ruido del tambor.
Si te conviene, amiguita,

yo soy tu rendido amante,
no te haré mala partida,
hasta que oigamos entrambos
el tambor que nos divida.
Pero si no te conformas
con lo que mi amor te brinda,
Dios te guarde muchos años,
otra habrá que lo reciba.»
Esto es ser hombre de honor;
aquella que se rendía,
venga, una más para el saco;
mas la que no, ni engañifas,
ni cosas por este estilo
de mi boca nunca oía.
Todo es hoy por el contrario
lo que en el mundo se mira.
Los jóvenes se enamoran,
juran mil veces, suplican,
y por fin para ganar
el favor de sus queridas
prometen lo que no cumplen
¡Qué juventud tan perdida!
Pero, pensando en lo serio,
¿qué voy a hacer de esta chica?
¡Si pudiera acomodarla
de doncella... Se expondría...
Mejor es que quede de hombre
con alguna señorita.
En fin, paciencia, veremos
lo que sale en estos días.

Escena IV

AMBROSIO, LA CONDESA.

La CONDESA **sale muy alegre hablando consigo misma, y sin hacer caso de** AMBROSIO**, que al verla se retira como para trabajar**.

CONDESA
Solo lujo y opulencia
desde hoy se verá en mi casa,
ricos coches, ricos muebles,
rica mesa, y que ya en nada
mi habitación se distinga
del palacio de un monarca.
Que nadie en Turín se muestre
con más lujo y elegancia
que la Condesa Dernetti.
Vengan nuestras lindas damas

Librodot

a lucir en mi presencia;
joven, rica, celebrada,
¿hay quien en todo Turín
llevarme pueda ventaja?
Si hay alguna, muy en breve
juro quedará sin gana
de tenérselas conmigo;
yo soy lo mejor de Italia.
Oiga, mi querido Ambrosio,
usted por ahí se estaba.

AMBROSIO
Ocupado solamente
en los gustos de mi ama.
(Le da un ramillete de flores.)
Está tan rico el jardín,
que no hacen ninguna falta
estas flores que he cogido
con esta mano villana
para dar a la señora
que en todos nosotros manda.

CONDESA
¡Qué atención! Dios, ¡qué finura!
Ambrosio, te doy las gracias.
Me alegro haberte aquí hallado,
porque desde esta mañana
deseaba hablar contigo.

AMBROSIO
Señora, si sospechara
ese deseo, dos veces
usía no le formara.

CONDESA
Mira, Ambrosio, ha poco rato
que observé de mi ventana
que hablabas a un jovencito
de presencia muy gallarda.
¿Se puede saber quién es?

AMBROSIO
Sí señora... es cosa rara
que un muchacho lugareño,
que de llegar solo acaba,
merecido haya de usía
las tan costosas miradas.
Es mi sobrino, señora,
que ha llegado esta mañana;
y que, hablando sin rodeos,
me tiene con pena.

CONDESA
Vaya
que eres un gran simplón.
¿Qué es lo que tienes?

AMBROSIO
No es nada
para usía, mi señora,
pero para mí ¡caramba!

CONDESA
Aguardando estoy que empieces
a decirme tus desgracias.

AMBROSIO Para no molestar mucho
las contaré en dos palabras:
soy pobre, y no sé qué hacer
del muchacho.
CONDESA ¡Qué cachaza!
¿No lo digo? Cosas suyas.
¿No tengo yo, di, gran maula,
bastante para los dos?
Ya olvidaste mi palabra.
(AMBROSIO **va a hablar**, **la** CONDESA **se lo impide**.)
Vete al punto, y di a Florencio
que tu sobrino es de casa,
que le dé pronto librea,
y que su ama se lo encarga.
AMBROSIO Señora, tan gran favor...
CONDESA Haz lo que te digo, y calla.

Escena V

CONDESA **sola**.

CONDESA Esto todo entra en mis planes;
hacer bien cuanto se pueda,
que no vengan a decir
que el fausto todo lo lleva,
y que jamás por un pobre
hizo nada la Condesa.
A mas que el muchacho es lindo,
y hallará quien le proteja
a millares, y la gloria
me quitara una cualquiera;
y sobre todos podría...
¡Calle!... ¡Qué famosa idea!
¡Obsequiárselo a mi Belton!
Estoy loca de contenta
en pensar cuanto mi amigo
me estimará esta fineza:
Belton mío, tu cariño
es cuanto mi pecho anhela.

Escena VI

BELTON, LA CONDESA.

BELTON Mucho me engaño, señora,
o hace poco han pronunciado
mi nombre en este jardín.

CONDESA Sí, Belton, estaba hablando
precisamente de usted.
BELTON **(Después de mirar a todas partes y no ver a nadie.)**
Eso me parece raro:
¡Hablar de mí tan solita!
¿Con quién?
CONDESA ¡En esas estamos!
Mi corazoncito a veces
me suele dar buenos ratos.
BELTON ¿Y a él es, bella Adelina,
a quien debo placer tanto?
¿Él escuchaba no más,
o decía también algo?
CONDESA ¡Ay Belton! Si un poco antes
hubiera usté aquí llegado,
¿cuántas cosas no sabría?
BELTON ¿Y tan duro es el trabajo
que usted tomarse pudiera
empeñándose en contarlo,
que me prive de la dicha
de oír de sus propios labios
esas cosas que yo ignoro?
CONDESA No sea usted tan tirano,
querido Belton; después
que me ve usted en sus lazos,
quiere que diga su triunfo
todavía a cada paso.
BELTON ¡Mi triunfo, o cara Dernetti!
Yo soy quien fui derrotado:
tú me venciste, tus gracias,
tu donaire, mil encantos
que estarán acá en el pecho
eternamente grabados,
son las armas que empleaste,
y contra que fuera vano
por más tiempo resistir.
CONDESA ¿Y nunca has dicho otro tanto,
bribón, a ninguna joven?
Y a más ¿quién sabe si acaso
será firme ese cariño,
de que tierno estás hablando?
BELTON Lo juro, bella Dernetti,
y aquí venía a probarlo.
¿Te acuerdas del bello día
en que ciego, enamorado,
latiéndome el corazón,
cubría con tierno llanto
aquel dulce o *mio caro*?
¡Ah! Con bondad de mi amor

Librodot

la extensión participando,
tú me ofreciste, Adelina,
unirte a mí en tierno lazo,
y un mes sólo me pediste
para entregarme tu mano.
Ese mes que me robaste,
mes para mi amor tan largo,
hoy se acaba, vida mía,
y vengo a pedirte el pago
de mi constancia y ternura
que tus gracias aumentaron.

CONDESA ¿De mi promesa te acuerdas?
Yo la había ya olvidado;
y diciendo la verdad
No me gusta ese reclamo.
Somos tan felices, Belton,
nos vemos cuando gustamos,
nos queremos... ¿Qué nos falta,
para ser afortunados?
Pero yo tengo palabra,
y pues te ofrecí mi mano,
te la daré, y sólo quiero
me des otro corto plazo.
Solo te pido ocho días,
¿Me los das, Belton del alma?

BELTON La vida te diera yo
con júbilo y arrebato,
y tu capricho, Adelina,
con dolor hoy satisfago,
pero cedo a tus deseos.
Ocho días de trabajos
tengo solo que pasar,
y al ser dueño del tu mano,
en planta pondré mis planes
por el amor inspirados.

CONDESA ¡Calla! ¿planes tiene usted?
BELTON Y que al fin no serán vanos.
CONDESA A ver, cuente usted por Dios.
BELTON Lo primero, nos casamos.
CONDESA ¡Poca cosa! Eso no es nada.
BELTON De ello mi ventura aguardo.
La dulce paz y el sosiego
que hasta aquí no me escucharon,
los hallaré, bella mía,
al descansar en tus brazos.
De la escena fastidiosa,
sin variedad, sin encantos,
que la ciudad nos ofrece,
nos marcharemos al campo.

Ya me parece que veo
las campiñas, los collados,
y los bosques misteriosos
que a visitar vamos ambos.
¡Ah! ¡Qué días nos esperan!
En el cálido verano
apenas mil pajarillos
nos dispierten con su canto,
dejando el mullido lecho,
juntos un himno entonando
al divino amor, corremos
a meternos en un baño;
y al salir frescos, alegres,
a la sombra de algún árbol
un almuerzo no muy fino,
pero al estómago grato,
viene a reparar las fuerzas
que el agua ha debilitado.

CONDESA BELTON. Bravísimo, amigo, ¿y luego?

CONDESA BELTON. Luego corriendo, brincando,
vamos a ver trabajar
al labrador que, al mirarnos,
viene lleno de respeto
a bendecir a sus amos.
Tú harás a todos felices,
y su amor será tu pago.
Todo lo recorreremos;
y cuando empiece el cansancio
a doblar nuestras rodillas,
a la sombra recostados
hallaremos el reposo.

CONDESA BELTON. ¿Y después?
Después, de un salto
a mi biblioteca subo,
y una de las obras bajo
que inspiran el dulce amor,
y que dicen con encanto,
lo que nuestros pechos saben
más que el que las ha dictado.
Tibulo, Ovidio, el Petrarca,
que se han alabado tanto
de ser tan finos amantes,
nos tendrán que dar el paso.
Pero sus dulces escritos
son para nosotros gratos,
y nos llenan de deleite,
porque en ellos encontramos
de nuestro amor y ternura
el imperfecto retrato.

Librodot

Al pie de un hermoso arroyo
sobre el césped nos sentamos;
tú recuestas tu cabeza
con placer sobre mi brazo,
y en esta dulce postura
un libro abrimos. ¡Qué ratos,
qué instantes tan agradables!
Al hallar un bello rasgo
que pinte bien nuestro amor,
humedece el tierno llanto
nuestras mejillas. «Ovidio,
(juntos exclamamos ambos)
nuestro amor adivinaste;
esta pintura, este cuadro
solo a nosotros conviene».
Luego al Petrarca tomamos,
y al ver de su cara Laura
como llora el fin temprano,
y no la sigue al sepulcro,
yo te digo arrebatado:
«Tierna Adelina, la muerte
nos llevará un día a entrambos,
pero juntos moriremos...
Sí, yo moriré en tus brazos,
tú morirás en los míos».

CONDESA Es preciso confesarlo,
esos ratos son divinos,
¿pero y luego?

BELTON Luego el baño,
los placeres inocentes,
no dejan un intervalo
en que el fastidio nos canse.
Ya con la cala en la mano
a la orilla del estanque
la confianza burlamos
de mil peces; ya en los bosques
de las aves que al reclamo
vienen sin tardar, gozosos
fin ponemos a sus años;
ya el baile de las pastoras,
ya el dibujo, ya el piano...
¿Qué sé yo? Mil embelesos
que vendrán a cada paso
a encantar nuestros instantes.

CONDESA ¿Y después?

BELTON El negro manto
de la misteriosa noche
nos cubre, cuando en tus brazos...

CONDESA Bueno, y al día siguiente

dime ¿en qué nos ocupamos?
BELTON Al día siguiente el sol
vuelve a alumbrar con sus rayos
la escena en que nuestros pechos
viven, solo deseando
que estos días tan hermosos
no tengan fin.
CONDESA Bravo, bravo,
tu plan, Belton, es divino,
encantador; me ha llenado
el corazón de deleite,
pero tengo un gran reparo
que ponerle, no te enfades.
BELTON ¿Un reparo?... ¡Cuál!... Veamos;
no acierto cual pueda ser.
¿Cuál es?
CONDESA Que ese plan tan grato
no tiene pies ni cabeza.
BELTON Condesa... ¿En esas estamos?
CONDESA Belton, ¿alguna novela
te ha dado ese amor al campo?
En verdad que no creyera
te sedujese ese cuadro,
de lejos muy seductor,
pero de cerca pesado.
En un libro es muy hermoso
ese placer y descanso,
los árboles, los arroyos
que se encuentran en el campo;
pero, amigo, en realidad,
no te canses, todo es falso.
Supongo por un momento
que tu plan ejecutamos;
el primer día es divino,
en todo hallamos halagos;
el segundo todavía
nos ofrece buenos ratos,
pero al tercero cual humo
desaparece ese encanto.
Nada nuevo que decirse:
Yo te quiero, yo te amo...
Siempre la misma canción.
La saciedad, el cansancio
serán nuestros compañeros,
y de huéspedes tan malos
es necesario guardarse.
La ciudad es el teatro
en que todo nos divierte;
si algo llega a fastidianos

Librodot

lo dejamos; mil placeres
nos buscan a cada paso;
allí no hay monotonía,
y en los deleites variados
consiste, amigo, el placer.
Algún día de verano
al campo podemos ir;
pero no como ermitaños
a sepultarnos en vida;
no, que jóvenes gallardos,
señoritas seductoras
vendrán siempre a acompañarnos.
Y cuando tiernos requiebros
me dirija algún muchacho,
yo me río, le hago burla,
y con delicia te llamo;
te cuento mis aventuras,
y nos reímos entrambos.
Tú cuando mil señoritas
ya te miren al soslayo,
ya digan con disimulo,
que eres mucho de su agrado,
les dices que las adoras,
sin por eso hacerles caso.
Los dos de sus suspiritos,
de sus señas nos burlamos.
Así siempre los deleites
vivirán a nuestro lado.
Comidas, refrescos, bailes,
ya paseos a caballo,
ya la pesca, ya la caza,
la música, el juego, el canto,
todo vendrá a disputarse
nuestros días, nuestros años.
Este es el plan, caro Belton,
que a mí el amor me ha inspirado:
y es preciso que lo apruebes.

BELTON

¡Y podría no aprobarlo!
Tú lo has dicho, eso me basta;
no, nada pueden tus labios
pronunciar que no me agrade.
Renuncio, Adelina, al campo
y a mi plan.

CONDESA

Así me gustan
los maridos, todo es malo
si su mujer no lo aprueba.
Si quieres ser adorado
sé siempre dócil; no hay modo
mejor de vivir reinando.

Hoy para recompensarte
te voy a hacer un regalo.
(Llama.)
Ambrosio...

AMBROSIO Señora...

CONDESA Al punto
que venga el recién llegado.

BELTON ¿Qué es esto, Adelina mía?

CONDESA Es un hermoso muchacho,
sobrino del tío Ambrosio,
que confío a tu cuidado.

BELTON Justamente, hace unos días
que uno andaba yo buscando.
¿Es joven? ¿Buena presencia?

CONDESA Tú mismo vas a juzgarlo.

Escena VII

LOS MISMOS. AMBROSIO. CLAUDIA. EL NIÑO.

CONDESA (**A** CLAUDIA.)
Amiguito, el señor Belton
quiere tener a su lado
un joven ni más ni menos
como usted, de pocos años,
y de mérito. Me ha dicho
que a usted toma sin reparo.

AMBROSIO **(Con precipitación.)**
¡El señor Belton! Señora,
no es posible, ni pensarlo.
Mi sobrino tiene faltas
muy grandes para tal amo.
No sabe hacer nada, es torpe,
no está aún acostumbrado
a servir. No, no conviene
que ese señor se haga cargo
de mi sobrino.
(**Bajo a** CLAUDIA.)
No admitas
a un libertino por amo.

BELTON Pues ¡esto si que es gracioso!
(**A** AMBROSIO.)
Por nada tengas cuidado,
yo me encargo dél.

AMBROSIO Y a más
trae, consigo a su hermano,
a ese niñito que a usted
serviría de embarazo.

BELTON Yo soy amigo de niños;
si se conforma el muchacho
no te apures, no.
CLAUDIA Señor,
siento en el alma... Mis años...
(Repara su cara.) (Le reconoce.)
Siento que... que... Jesús mío.
(Se desmaya.)
CONDESA ¡Dios! ¿qué es lo que le habrá dado?
(**Mientras** CLAUDIA **está desmayada**, **el** NIÑO **da señales de mucho enternecimiento**; **luego que su madre habla a** BELTON, **la** CONDESA **que lo sostenía se queda acariciando al** NIÑO.)
CLAUDIA **(Después de un rato**, **con mucha viveza.)**
Siento no poder mostrar
de qué gozo me ha llenado
esta bondad de admitirme
a servir a usté, a cuidarlo;
mi amor, mi agradecimiento,
mis respetos, mis conatos,
todo suplirá las faltas
de un infeliz aldeano.
Por premio de mis desvelos
sólo quiero un dulce trato,
el aprecio nada más,
el aprecio de mi amo.
CONDESA Belton, vea usté ese niño,
usted que ama los muchachos.
¡Qué bonito! ¡Qué gracioso!
Dele usté un beso.
BELTON ¡Qué agrado!
(Le da un beso.)
¡Feliz tu madre, angelito!
CLAUDIA **(Aparte.)**
Hasta el alma me ha llegado
este beso... ¡Si él supiera!
BELTON (**A** CLAUDIA.)
¿Cómo se llama tu hermano?
CLAUDIA Benjamín señor...
BELTON Buen nombre.
Mira desde hoy, me encargo
dél para siempre.
CONDESA Mi Belton,
vamos arriba a equiparlo.
Protejámosle a porfía,
merece nuestro agasajo.
BELTON Vamos, Adelina mía,
yo lo llevaré en mis brazos.

Librodot

Escena VIII

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO ¿Qué es esto, Claudia? Ese Belton
es un hombre pervertido,
sin costumbres, y en Turín
no hay otro más libertino.
Teme que por un acaso
descubra tu sexo; es vivo,
y mil redes te pondrá
en que caerás sin sentirlo.
CLAUDIA Nada tengo que temer.
Él es... Él es... ¡Oh mi tío!
Él es...
AMBROSIO Acaba...
CLAUDIA Es el padre
de mi desgraciado hijo.
AMBROSIO ¿Qué me dices, infeliz?
Ese es un nuevo motivo
para evitar su presencia;
te venderá tu cariño,
y el oprobio será el pago
de tu amor. Huye te he dicho.
CLAUDIA No puedo, no, es imposible;
ese hombre que no he visto
más que un momento, ese hombre
que mi perdición ha sido,
mi corazón avasalla;
no puedo, no puedo huirlo.
Una voz que acá mi pecho
reanimó cuando abatido
sólo buscaba la muerte;
una voz, cuyo sonido
me acompaña sin cesar,
me lo anunció, mi padrino;
me anunció que le vería,
que de mi afecto testigo,
que al ver mi dolor, mis penas,
me daría su cariño.
Por Dios, respetable anciano,
concédame usté este alivio,
que viva a su lado.
AMBROSIO Pronto
el vil que te ha seducido
te hará perder la virtud.
CLAUDIA No, no, jamás; si el cariño
que me ofrece en mis tormentos

Librodot

es de la virtud indigno,
lo juro al cielo y a usted;
antes a sus pies expiro
que ceder: a sus deseos.

AMBROSIO ¡Infeliz! Eres muy niña
para conocer cuán poco
nuestras promesas cumplimos.
El amor nada respeta,
nada; la virtud y el vicio
la pasión todo lo iguala.
A veces con un suspiro
se vence la virtud misma.
Claudia, no me hagas testigo
de tu deshonor. Escucha,
¡Huye infeliz!

CLAUDIA Y mi hijo
Benjamín, ese inocente,
¿qué crimen ha cometido

que hemos encontrado hoy mismo.
(Como fuera de sí.)
No, no quiero escuchar nada,
no quiero de nadie auxilio.
Lejos de Turín muriera
de dolor, y si es preciso
moriré aquí; pero al menos
bendeciré a mi asesino,
besaré sus pies, y entonces
saldrá mi postrer suspiro...
Nadie me hable, estoy resuelta,
quiero salvar a mi hijo,
quiero que viva.

AMBROSIO A Dios, Claudia.

CLAUDIA Y usted me deja, ¡oh. mi tío!
Me abandona usted ¡oh cielos!
Mi padre, ¿qué es lo que he dicho?
¿Qué nuevo crimen, señor,
qué delito he cometido?
Perdóneme usted, perdone...
Solo ha sido un desvarío...
Guíe usted mi incierto paso...
¿Qué debo hacer? Mi delirio
va a perderme sin su apoyo;
déme usted su dulce auxilio.
¿Qué fueras sin la amistad,
amor no correspondido?

Acto segundo

Continúa la decoración del primer acto. **Es de noche y hace luna**. BELTON **aparece sentado en un banco de piedra**. **Algo separado de él está** CLAUDIA **vestida de lacayo con la librea de** BELTON.

Escena I

BELTON, CLAUDIA.

BELTON Ven, Claudio, ven; ven a llorar conmigo,
y a llorar de placer, como el muchacho
que al cumplir el castigo de su culpa
es de su tierna madre acariciado.
Mira, tú eres muy joven todavía:
¿Qué edad tienes?
CLAUDIA Apenas veinte años.
BELTON ¡Bella edad!
CLAUDIA Sí, para sufrir, ¿no es cierto?
BELTON Para gozar del mundo los halagos,
para gozar del sueño de la vida,
para elevar la vista, mientras tanto
el anciano encorvado hacia la tierra
ve el suelo por sus lágrimas regado;
mientras el ambicioso en su locura
sobre el mármol se arrastra del palacio;
mientras en las entrañas de la tierra
compra su perdición el pobre humano,
en cambio del cajón que lleva al hombro
lleno de oro, de tierra y de gusanos.
Todo, Claudio, a tu edad es poesía;
las penas se disipan a tus años,
lo mismo que ese grupo de vapores
que empalaba la luna ha poco rato.
¿Qué pesar a tu edad no desparece
a la puerta de un baile o un teatro?
¿Qué pesar vive mas de un solo día?
¿Qué pesar no olvidaras con el canto?
CLAUDIA Uno solo, el pesar que hiere el alma,
el pesar del amante abandonado.
Yo quiero vivir pobre, sin amigos,
sin padre ni esperanza, sin hermanos,
sin nadie que me mire y se sonría;
sin sombra en los ardores del verano;
solo en el mundo, solo y sin recuerdos,

más bien que padecer de los engaños
de un ser que ha seducido el alma mía.

BELTON Quien ama ¿puede ser desventurado?
Yo no sé; más si amara con violencia
a una mujer, la viera en otros brazos,
la vería mirarme con desprecio,
y yo la adoraría sin reparo.
¡Quién sabe! Antes de vernos, otro objeto
el pecho juvenil ha subyugado,
y la pobre mujer enternecida
desearía quizá poder amarnos:
pero ama a otro ya; di, ¿no merece
semejante mujer ser el sagrario
de nuestro corazón?

CLAUDIA Y quien engaña
por saciar un deseo momentáneo,
y quien jura un amor hasta el sepulcro,
y se arma para jurar de acento falso,
quien no piensa cumplir cuanto ha ofrecido,
se postra, se enternece, muestra el llanto,
no del amor, de la pasión tan solo,
quien por primera vez rompe el encanto
en que cifra su dicha el pecho tierno,
¿qué merece, señor? ¿Habrá malvado
más digno de castigo que tal hombre?
Tal ser quise decir...

BELTON ¿Qué, tan muchacho
te hace hablar la experiencia, o solamente
tu mente concibió tan triste cuadro?

CLAUDIA Yo lo he visto, señor; yo vi en mi aldea
el crimen inmoral entronizado,
y la tímida virgen indefensa
hoy objeto de amor, luego de escarnio.
Yo vi al hombre nutrido de pasiones,
por vencer al objeto de su agrado
mil ofertas hacer... y cuando esclava,
fuera de sí, sus penas olvidando
la crédula doncella se rendía,
y cual un dios amaba a su tirano,
el hombre incierto siempre en sus caprichos,
sin recurrir siquiera al dulce engaño,
desechar a quien todo lo ha perdido...
¿Por qué? Por ser sensible a un hombre ingrato.

BELTON Tu cuadro es espantoso, solo un monstruo...
¿Amaste alguna vez?

CLAUDIA Nunca fui amado.

BELTON Pero sabes amar y enternecerte,
y pasar noche y día contemplando
la imagen celestial de una doncella,

y acercarte sin luz, con lento paso
al albergue que encierra a tu querida,
y hasta aspirar el aire embalsamado
que ella también aspira. -Ángel del cielo,
tú, que llaman mujer, de nuestros años
consolador divino, gloria eterna,
gloria a ti!... ¡Cuántas veces te he invocado,
y siempre atenta al ruego de mi pecho
un consuelo me diste en mis trabajos!
Una lágrima sola, una mirada
basta para alegrar a los humanos,
que al imberbe muchacho parecidos
por un juguete todo lo olvidamos.
Mira, Claudio, aún me acuerdo todavía
(hará lo más ahora cinco años)
que triste, sin consuelo por el mundo
buscaba el solo olvido que ya en vano
muchos años buscara en las ciudades:
y lo que hallar no pude en los palacios
lo hallé, ¿sabes en dónde? -Sobre un monte.
Un día que viajaba... (era verano)...
Recorría los montes de Saboya;
dominado me vi por el cansancio,
y ansioso del reposo me encamino
a la extendida sombra de un gran árbol.
Si supieras ¡oh Claudio! Apenas puedo
recordar sin ternura el bello cuadro
que se mostró a mi vista... Una pastora,
un ángel debió ser, que yo en la tierra
nunca tan linda imagen he encontrado.
Una pastora estaba adormecida,
mientras tanto pacía su rebaño;
y al ver su cabellera de azabache,
el carmín encendido de sus labios,
su cuello de marfil, y la dulzura
que al través de su rostro me fue dado
descubrir al momento... ¿no adivinas?
Me prosterné a sus pies, junté las manos,
mis ojos levanté ya humedecidos,
rogué... cuando mi acento apasionado
despertó a la pastora. ¡Ah qué momento!
Mi cariño, mis súplicas, mi llanto,
todo la enterneció, y en un instante
las penas olvidé de muchos años.

CLAUDIA

Y la pobre inocente... esa pastora
creyó que tanto amor no fuese falso,
que era amada tal vez...

BELTON

Pudo creerlo;
yo la adoraba ciego.

Librodot

CLAUDIA No fue largo
tanto amor y ternura. Al otro día
por otra puede ser la han olvidado.
¿En qué vino a parar esa infelice?
BELTON Lo ignoro.
CLAUDIA Se quedó bajo del árbol,
y allí se quedó, todo para el hombre,
y ella lloró tal vez. ¡Ah! No es extraño,
mil cosas parecidas en el mundo
por desgracia se ven a cada paso.
Solo la mujer llora... el hombre olvida.
BELTON Yo olvidé a pesar mío, que grabado
estuvo su semblante acá en mi pecho;
por do quier encontraba su retrato.
Y amara aun su memoria, si Adelina...
¡Adelina celeste!... Dime, Claudio,
¿puede quien la conoce amar a otra?
CLAUDIA ¿Usted la ama, señor?
BELTON ¿Puedes dudarlo?
La adoro, ella es mi dios, es mi existencia,
sin verla no respiro, y a su lado
un no sé qué terrible me avasalla;
quiero hablarla y no puedo... alzo la mano
para tomar la suya, y la retiro
sin fuerza ni valor... ¡cómo la amo!
Es delirio... mi frente está encendida,
el pecho todo en brasas... de mis labios
sale temblando el nombre de Adelina:
no tengo ni un secreto acá en mi arcano
que no sepa ella ya; le he dicho todo;
hasta que amé una vez, siendo muchacho,
a una joven doncella saboyana.
Le he dicho hasta su nombre; y aun le he dado
el mismo bucle de oro, que la pobre
me entregó cual depósito sagrado,
prenda de amor eterno... qué ¿te pasmas?
¿Se puede amar con más pasión, o Claudio?
CLAUDIA ¿Quién sabe? Puede ser que la pastora
ame con más delirio a quien ingrato
la olvidó para siempre...
BELTON Es imposible.
Si me amase tan tierno...
CLAUDIA Fuera en vano.
Para su perdición quizá ha nacido;
solo la mujer vive en lo pasado.

Librodot

Escena II

LOS MISMOS, CONDESA, AMBROSIO.

Mientras habla la CONDESA **con** BELTON, **que sigue contemplando la belleza del cielo**, AMBROSIO **conversa con** CLAUDI**A**. **Se retira al fin**, **y** CLAUDIA, **atenta a cuanto dicen la** CONDESA **y** BELTON, **expresa por el juego de su fisonomía y acciones los diferentes sentimientos que hace nacer en ella la conversación que escucha**.

CONDESA ¿No lo dije, tío Ambrosio?
Si no había otro remedio;
los hombres son todos unos;
no hay modo de componerlos.
(A BELTON **con ironía.)**
Señor Belton, es muy lindo
pasar un ratito al fresco,
¿no es verdad? Y sobre todo
cuando se habla al cocinero,
o al lacayo, que es lo mismo,
debe usté estar muy contento.
¿Qué falta a usted?... Un criado,
la luna, el jardín, el cielo...
BELTON Solo me faltabas tú;
ven aquí... llora conmigo.
Dime el amor de tu pecho,
pregúntame si te adoro,
si alguno en el universo
es más dichoso que yo;
déjame ver tu cabello,
tus negros ojos... ¡Dios mío!
Ya basta, nada más quiero.
No puedo hablar, Adelina,
adivíname... ¿no es cierto
que serás feliz conmigo,
que me adoras?...
CONDESA ¡Pobre Belton!
Has perdido la razón.
¡Qué modo de hacer requiebros!
¿En qué salón aprendiste
a ser tan sensible y tierno?
¿Dónde aprendistes a amar?
BELTON Que te lo diga mi pecho.
Yo no sé por qué te amo,
por qué tiemblo si te veo,
por qué la vida te diera
por un suspiro, o aun menos,
por una sola mirada.
Esto todo es un misterio.

Librodot

Dime, Adelina, ¿tú sabes
por qué me amas?... ¿Cuánto tiempo
me amarás?...

CONDESA Sin duda alguna.
Te amo porque te encuentro
amabilidad, dulzura;
porque eres todo completo,
aunque a la verdad a veces
me cansas con tus proyectos,
tus lágrimas sin motivo,
tu sencillez, y ese empeño
en huir de los salones.

BELTON ¡Ay Adelina! ¿Qué veo
cuando estoy en un salón?
Los hombres son muy pequeños,
muy frívolos... y ese tono,
eso que llaman buen gusto
los hace a todos pigmeos.
Vida mía, ¿te parece
que el que al modo de un muñeco
se inclina por amor propio,
y jura un amor eterno
sin saber lo que es amor,
quiere mejor y más tiempo
que el infeliz que no sabe
decir sino yo te quiero?
Ángel mío, solo el hombre
que vive en sí, sin anhelo,
sin, ambición, inocente,
lleno de virtud el seno
sabe amar... Pero esos fatuos
empedernidos, sin freno,
que frecuentan los salones,
nunca aman; o si al menos
son sensibles una vez,
¿qué dicen?... ¡Oh! No hay remedio,
esta muchacha me adora,
se muere por mí... un momento
será necesario amarla.
Y entonces empieza el necio
con sus voces de costumbre
a dar elogios, creyendo
que esto es amar. Adelina,
si los salones detesto
aquí tienes el motivo;
me gusta en todo ser serio;
los amores de salón
me parecen solo juego,
de la pasión más sublime

Librodot

que engrandece nuestro pecho,
¿qué hacen ellos?... Una chanza,
y si me vieran tan tierno
amarte... ¿no se rieran?

CONDESA Lo digo, has perdido el seso:
¡válgame Dios! No concibo
lo que quieres decir, Belton.
Tu amor en verdad es raro,
tú me quieres por supuesto
con ternura, no lo dudo;
mas pudiera no creerlo.
Otro me amara y pasase
en estudiar mis deseos
noche y día, en complacerme,
en querer lo que yo quiero...
Pero tú...

BELTON Cara Adelina,
yo de nada de eso entiendo.
Lo que sé hacer es amar.
Eso es todo...

CONDESA Lo agradezco.
Eres feliz... hace poco
pedías algo; ya veo
que nada falta a tu dicha.

BELTON Ángel, solo te obedezco.
Hoy te hablé de tu promesa,
tú me impusiste silencio.
¿Qué debo hacer?

CONDESA Contentarte.

BELTON Así hago, estoy contento.

CONDESA **(Aparte.)**
(¡Qué cachaza!... Para esposo
a la verdad será bueno,
es obediente...) Responde,
si esta noche te concedo
lo que tanto deseabas...

BELTON ¿Tu mano?

CONDESA Ni más ni menos.
Si te la doy ¿qué dirás?

BELTON Que eres un ángel del cielo.
Pero qué... ¿podré creerte?

CONDESA Belton mío, ven a verlo.
Dame la mano, te esperan.
Entremos, Belton, entremos.
Te voy a dar una prueba
del amor que te profeso.

BELTON ¡Delante de tanta gente!

CONDESA Delante de todos esos
que están llenos de amor propio,

y piensan quizá en secreto
que me gustan, que los amo:
quiero verlos por el suelo.

BELTON ¿Para qué tantos testigos,
di, para qué los queremos?
De la fe que nos juramos
son testigos nuestros pechos.
¿Para qué mas? Esto basta,
ten piedad de mí, no puedo
delante de mil personas
leer en tus ojos negros
el amor, no sé llorar
mas que a tus pies en secreto.
¿Para qué ir al salón?
¿Qué vamos a hacer adentro?

CONDESA Nada, tan solo casarnos.

BELTON Aquí podemos hacerlo.
Pero ¿es verdad? ¿No me engañas?
Mira, aquí a la faz del cielo
nos juraremos amor.
Qué ¿no te gusta este templo?
Tu salón no es tan hermoso.
Antorchas, sofás, espejos...
¡Ah! No, la luna es más bella.
Vale más que nos casemos
aquí mismo. ¿Qué testigo
tendremos mejor que el cielo?
Tierna amante.

CONDESA Nos esperan
en el salón, no hay remedio.
¿Qué dirán?... Vamos, mi vida,
dame ese gusto. Primero
entraré yo, pero sola;
y tú vendrás solo luego.
¿Me concedes esta gracia?

BELTON ¡Oh! Todo te lo concedo.
Allá voy... vete, Adelina.

CONDESA Mira, Belton, que te espero.

Escena III

BELTON, CLAUDIA.

BELTON ¡Qué voz! ¡Qué voz! La muerte me anunciaran
con esta voz que me juró cariño,
con esta voz que preguntó: ¿me adoras?
Y al puñal presentara el pecho mío
con júbilo y delirio, y sin embargo

tiemblo como si fuera un asesino,
y una voz con misterio me repite
que entre mí y esa casa hay un abismo.
¡Un abismo!... Imposible... Sólo hay flores,
y hoy sobre todo que el amor me ha oído,
y con su antorcha quiere conducirme
de su altar a las gradas, no hay peligro
para mí ¡Cuántos años por la tierra,
sin patria como el mísero judío,
sin miedo caminé! La noche, el día,
todo era igual, nunca perdí el camino;
y por fin llegué al puerto deseado,
a los pies de Adelina que me ha visto
temblar como la caña del estanque,
y con su voz de amor me ha defendido...
¡Oh! Cuál mi mente el tiempo me recuerda
en que vagando solo, sin camino,
de mi pecho llevé por todas partes
el deseo de amar, de ser amigo,
esposo, padre, amante... y de ser útil...
Y encontrar quien me diese su cariño,
quien al verme exhalara por sus ojos
rayos de amor... Al fin ya lo consigo.
¡Ah Dios! Bendito seas, me escuchaste...
¡Escucha así los ruegos de mi hijo!

CLAUDIA ¡De su hijo!... Señor... ¿Es usted padre?

BELTON ¡Ah! Claudio, lo seré si no lo he sido.

CLAUDIA ¡Feliz madre, dichosa la que puede
sin rubor pronunciar: es hijo mío;
mira a su padre, es bello, es adorado,
me ama con amor puro, es mi marido!

BELTON Así dirá Adelina muy en breve;
y cuando me haga padre, ¡qué delirio!
El fruto de mi amor, yo lo jurara,
será, ya lo verás, bello, divino,
lo mismo que tu hermano... ¿No es precioso?

CLAUDIA ¿Quién? ¿Benjamín?¿No es cierto que es muy lindo?
Que se parece a usted... digo, a su padre...
Usted no le conoce... **(Aparte.)** ¡Dios! ¿Qué he dicho?

BELTON Hace poco que al lado de Adelina
sentado estaba yo, y adormecido
estaba Benjamín en nuestros brazos.
Yo no puedo decir lo que he creído;
Adelina mi amante era mi esposa,
y el sueño que me halaga tanto tiempo
realizado lo vi... Claudio, es preciso
que me vaya al salón... quizá me esperan.

CLAUDIA Tengo que hablar a usted... Señor, he visto...

BELTON ¿Qué es lo que viste?
CLAUDIA ¡Yo!... Señor... yo... nada.
BELTON ¿Qué es lo que dices?... Yo no te concibo.
CLAUDIA ¡Ah! Si pudiera hablar.
BELTON Habla sin miedo.
CLAUDIA Temo ofender.
BELTON Hoy todo lo permito.
CLAUDIA Pues lo diré, señor, aunque temblando.
El albergue del pobre es el asilo
de la virtud. El lujo y la opulencia
tras sí llevan el crimen y el fastidio.
BELTON Hay excepciones.
CLAUDIA No, señor, ninguna.
Jamás en un estado distinguido
se puede hallar una mujer sencilla,
tierna, capaz de amar... todos son vicios.
BELTON ¡Claudio!
CLAUDIA No, es imposible, estoy seguro.
Para amar es preciso haber nacido
en una clase media, ser criada
en el trabajo. ¡Ay! Esto no es lo mismo
que vivir rodeada de placeres,
que escuchar sin cesar la voz del vicio
que, fingiendo vencer la vil rutina,
abre del negro crimen el camino.
Disipación no más, orgullo solo,
indiferencia al fin, amor fingido,
esto es cuanto se encuentra en los salones.
Usted mismo, señor, usted lo ha dicho.
El seductor lenguaje, los adornos,
y nada más a veces que un capricho
enamoran a un hombre; esas señoras
se rinden... y se ofrece por marido
el hombre apasionado... al fin ¿qué encuentra?
Una mente exaltada, un pecho frío.
BELTON ¡Qué torrente! ¡Qué fuego!
CLAUDIA Y al contrario
la que todo lo debe a su marido,
que ve en él protector, esposo, amante,
¡con qué amor le venera tan sencillo!
¡Cómo dél hasta el sueño le es sagrado!
Si él lo dijo no más, todo es divino;
y la paz, la amistad, la confianza
hallan en los dos pechos dulce asilo.
¡Ah! Señor, usté es digno de gozarlo.
BELTON Si hasta el fin te he escuchado, solo ha sido
en favor de tu audacia inesperada;
mas, Claudio, por tu bien hoy te lo digo,
no te atrevas jamás en mi presencia

a hablar en ese tono... Sé testigo
de mis acciones todas... En silencio
respeta en mí, lo entiendes, mis caprichos.

CLAUDIA
Perdón, señor... Quisiera todavía...
Un instante, señor... No he concluido.

Escena IV

CLAUDIA **sola**.

CLAUDIA
No me escucha el ingrato... No me escucha,
así debí, yo hacer cuando me dijo
y me juró postrado que me amaba.
El monstruo consumado está en el vicio,
en la negra maldad... Y sin embargo
aun gozo al recordar lo que le he oído,
lo que lleno de llanto en mi presencia
se atrevió a pronunciar... Era preciso
ser mujer como yo para entenderlo.
¡Qué candor! ¡Qué inocencia! El pecho mío
salírseme quería y arrancarle
las palabras que el aire ha destruido.
Cuánto sufrí entre tanto que él llorando
hablaba... a esa mujer... de su cariño,
a esa mujer que apenas le entendía,
a esa mujer... Dios mío, ¡qué martirio!
¡Si me amara a mí así! Pero es inútil,
solo dolor me decretó el destino.

Escena V

AMBROSIO, CLAUDIA.

AMBROSIO
Claudia imprudente, ¿qué hicimos?
¿Has hablado a la Condesa?

CLAUDIA
¿Yo? ¿Para qué? Si no tengo
nada que decirle. -¡Hay tema!
Todo es para Belton, todo,
amistad, amor, franqueza,
y odio para mi rival.

AMBROSIO
¡Ay hija mía! Modera
tu cólera, ¡qué... no sabes!
Tu rival... Dime ¿no aciertas?
Tu rival...

CLAUDIA
¿Es ya su esposa?
Compasión, por Dios... mis fuerzas
me abandonan.

Librodot

AMBROSIO No, no es eso.
CLAUDIA ¿No se han casado? ¡Y qué fuera
de mí si lo hubiesen hecho!
¡Ay! Ya respiro... Estoy cierta
que Belton no puede amar
a una mujer tan coqueta
como Adelina; no puede
jamás casarse con ella,
es imposible... Él me ama
sin saberlo... ¡Oh! Yo quisiera
que conociese mi sexo.
AMBROSIO Ya lo sabe la Condesa.
CLAUDIA Y esa mujer ¿qué me importa?
Nada de ella me interesa.
Su odio, su amor, su desprecio
todo me es igual. Que muera
o viva, triste o dichosa,
de andrajos llena o de perlas,
poco me importa.
AMBROSIO Hija mía,
escúchame: di, ¿deseas
vivir feliz en el mundo?
CLAUDIA ¡Feliz! Que Belton lo sea,
y lo seré yo también.
AMBROSIO Pues mira, quien te aconseja
te ama lo mismo que a Belton.
Si quieres que no se pierda
la paz de Belton, la tuya,
la de tu hijo, te queda
un solo remedio... Huye,
solo el oprobio te espera
en esta casa... Tu hijo
ha dado a todos sospechas.
La Condesa ya sabía
tu nombre, y con su viveza
ha descubierto al momento
lo que tanto le interesa.
Belton aun no sabe nada.
Vete; mira, la Condesa
te busca por todas partes,
y vendrá pronto.
CLAUDIA Que venga;
aquí la espero, y en paz.
AMBROSIO Te hará cubrir de vergüenza.
CLAUDIA ¿Por qué? ¿Porque me engañaron?
¿Porque ella es quien se aprovecha
del amor que me es debido?
¿Porque soy sola en la tierra?
¿Porque soy pobre y sin nombre?

¿Porque sé amar?... ¡Ah! Que venga,
que venga, yo no la temo.
AMBROSIO Un anciano te lo ruega
en el nombre de tu padre.
No te expongas... ¡ah! Quisiera
ocultártelo no puedo;
te echarán de aquí por fuerza.
CLAUDIA ¿Quién? ¿Belton?
AMBROSIO No, mas su esposa,
y hasta que tú estés ya fuera
tu Belton no sabrá nada.
CLAUDIA Yo se lo diré... De veras
tendrá él que defenderme.
¿Será tan vil la Condesa?
Poco me importa; mi Belton
está allá...
AMBROSIO ¿Qué es lo que piensas?
CLAUDIA Que pronto seré feliz;
que mañana viva o muerta
estaré en paz... Largos años
he vagado por la tierra
sin consuelo ni esperanza,
y entonces tuve paciencia,
y sufrí, porque sabía
que una suerte lisonjera
me esperaba... Hoy es el día
que concluyo mi carrera
de trabajos... Sí, lo juro...
Esta existencia me pesa:
o soy feliz hoy, o muero.
AMBROSIO Pobre muchacha, tus penas
te ocultan la realidad.
Porque, en fin, ¿qué es lo que esperas?
CLAUDIA ¿Qué, espero?... ¿Usted me pregunta
qué es lo que espero?... Que venga
a pedirme aquí perdón,
a unirse en unión eterna
conmigo... Espero que vuelva
a amarme a mí sin rival;
espero que se arrepienta.
Esto es fácil, ¿no es verdad?
AMBROSIO Imposible, su conciencia
no le remuerde.
CLAUDIA Es mentira.
Belton de todo se acuerda.
AMBROSIO Su corazón es de mármol.
CLAUDIA Es mentira, y aunque fuese...
Pero no, si yo le visto
llorar... Mas si en mi presencia

Librodot

se ha enternecido hace un rato.
Aquí estaba yo... ¿Hay quien crea,
al solo mirar su rostro,
que es insensible?... ¡Anatema
si lo fuese a mi cariño!
Todo esto es una quimera;
Belton me ama, no hay remedio.
¿Quién lo duda?

AMBROSIO La Condesa.

Escena VI

LOS MISMOS, LA CONDESA.

CONDESA. Ambrosio, déjanos solos.
(**A** CLAUDIA.)
Dígame usted, jovencito,
¿hay algo escrito en mi frente
que diga que yo he nacido
para vivir engañada,
sin conocer que lo he sido,
sin vengarme de una injuria?

CLAUDIA ¿Y en la mía hay algo escrito
que me pinte sin honor,
incapaz de hacer lo mismo
que una señora ultrajada,
y que sufriré un martirio
lento, y todo sin quejarme;
que veré, mero testigo,
sellar mi infamia, mi muerte,
sin gritar «mira que aun vivo»,
sin detener con mi mano
el puñal del asesino...
¿No es cierto?...

CONDESA Quien se avasalla
a un hombre desconocido,
quien comete una bajeza
por engrandecerse... es digno
de su suerte.

CLAUDIA Y la que inicua
corrompe a un hombre sencillo,
aparenta amor y miente,
es digna de buen destino,
¿No es verdad?

CONDESA ¿Así me insultas?
Muchacha, ya te lo he dicho,
no aguanto de nadie ultrajes.
Tu sexo me es conocido;

Librodot

tus proyectos ¿cuáles son?
CLAUDIA Unirme al padre de mi hijo.
CONDESA Belton ya no piensa en ti;
va a ser mi esposo... Es preciso
que te ausentes al instante
sin verlo... ¿Ves mi bolsillo?
Tómalo, vete al momento;
sé dichosa tú y tu hijo.
CLAUDIA (**Arroja con desprecio al suelo el bolsillo que toma de la** CONDESA.)
La inocencia no se compra;
yo de nada necesito
sino del pecho de Belton.
CONDESA Imprudente, ya te he dicho
que es necesario te ausentes;
si no te vas ahora mismo
mis criados te harán ir.
CLAUDIA ¿Dónde está Belton, mi hijo?
CONDESA Para ti Belton no vive.
Tu hijo aquí está... **(Llama.)** ¿Domingo?

(Sale un CRIADO **con** BENJAMÍN **por la mano.)**

CLAUDIA Ven a llorar, Benjamín;
¡Ah! Ven a llorar conmigo.
Esta mujer nos desprecia.
¿Y tu padre? ¿No le has visto?
¿Qué te dijo, vida mía?
¿No fue él quien te ha traído?...
Vamos a verlo... **(Se dirige a la casa.)**
CONDESA Si al punto
no te ausentas, te lo he dicho,
mis criados te echarán.
CLAUDIA Es imposible... **(Andando siempre.)**
CONDESA **(Llama.)** ¿Domingo?
(Los CRIADOS **impiden a** CLAUDIA **proseguir.)**
CLAUDIA ¿Dónde está Belton?... ¿Qué es esto?
Mirad que si seguís grito...
Dejadme ir... allá... a la casa...
Quiero entregarle su hijo...
Compasión... solo un instante...
(La echan enteramente, y ella dice con voz terrible desde la puerta.)
¡Ah, mujer! Yo te maldigo.

Librodot

Acto tercero

El teatro representa un hermoso parque adornado con estatuas y bancos de piedra. En el foro la fachada de la casa de Belton, al través de cuyos cristales se ve el resplandor de un sinnúmero de luces. Es de noche; muy oscuro.

Escena I

BELTON, AMBROSIO.

Ambos salen por una puerta falsa embozados en sus capas; lleva AMBROSIO **una linterna sorda, de qua** BELTON **se apodera cuando han llegado a la extremidad izquierda del parque.**

BELTON ¿Es aquí donde me esperan?
AMBROSIO Sí señor.
BELTON ¿Aquí? Pues vete.
AMBROSIO Me han dicho a las doce en punto.
BELTON ¿Qué más?
AMBROSIO Que no haya aquí gente;
que venga usted solo.
BELTON Bueno.
¿Y quien te dio ese billete?
AMBROSIO Un hombre desconocido.
BELTON ¿Y sabes lo que me quiere?
AMBROSIO No señor.
BELTON Déjame solo.
AMBROSIO No, todavía no viene...
Señor Belton, usted tiembla.
BELTON ¿Y esto, Ambrosio, te sorprende?
Si soy hombre ¿qué he de hacer
sino temblar?... Di, ¿no sientes
alguna cosa en el pecho
que te agite, que te altere,
así como agita el árbol
la brisilla que precede
la tempestad?... Pues, Ambrosio,
esta señal... ¿Eres fuerte,
Ambrosio?... Esto es presagio
de males sin fin; ¿entiendes?
De males sin fin: ¿no tiemblas
tú también?
AMBROSIO No, todo cede
al valor; ¿por qué temblar?
BELTON ¡Ah! Si tú eres inocente...
Tienes razón, ya olvidaba
que la virtud siempre es fuerte,
y que a vista del sepulcro

solo el crimen se conmueve.
Yo tiemblo, porque allá lejos
veo a la sedienta muerte;
yo tiemblo porque mañana
sentiré sobre mi frente
su mano helada: yo tiemblo
porque un amor aparente
me engañó, porque he creído
ser feliz y no se puede...
Yo tiemblo porque en Saboya...
Vete, Ambrosio, vete, vete.

AMBROSIO No señor, acabe usted.

BELTON ¿Y qué quieres que te cuente?

AMBROSIO Eso de Saboya.

BELTON Espera
un momento qué recuerde
el sueño que tuve ayer...
En Saboya las mujeres
son hermosas, ¿no es verdad?
Una amé yo que era ardiente,
joven, divina... No es sueño
esto, Ambrosio... ¡Ojalá fuese
sueño no más! Pero es cierto
Lo que es sueño es que se muere
de dolor por mí, que me ama,
que en el mundo nada tiene
sino un hijo de mi amor.
Ya ves que eso solamente
es un sueño... y sin embargo
todavía me parece
que la estoy viendo llorar
con su hijo... ¡Te enterneces,
Ambrosio! ¿Y por qué?

AMBROSIO Me acuerdo
de Claudio.

BELTON ¡Qué aún no parece!
(Una ventana se abre poco a poco.)
¿Qué es esto? Déjame, Ambrosio...
¿Quién abre?... Va a conocerme;
es la Condesa... ¡Ah! Me ha visto.
Veamos qué se le ofrece.

Escena II

BELTON, LA CONDESA.

Librodot

CONDESA **(En el balcón.)**
No tengas miedo, Marqués,
todo el mundo se divierte;
acércate a la ventana.
Vida mía, Belton duerme;
puedes hablarme sin miedo.
Yo adivino lo que temes...
¿Que te oigan en el salón?
Toma este papel... ¿Lo tienes?
BELTON Sí.
CONDESA En él hallarás, mi amado,
cuánto Adelina te quiere.

(Se cierra el balcón.)

Escena III

BELTON **solo**.

BELTON No hay virtud en el mundo, todo es vicio,
corrupción y no más; es escusado
buscarla por más tiempo; ya no existe...
Esa virtud sublime se ha elevado
hasta el cielo su patria... ¡Miserable!
Pensaba que los pérfidos humanos
de tigres se cambiasen en corderos;
y para mí no más... ¡He sido un fatuo!
La virtud en el día es solo un nombre
que el poeta hermosea; se ha acabado
el tiempo del honor y la inocencia;
ese tiempo le vieron los ancianos
que la edad hoy inclina hacia la tierra,
y que injustos a veces despreciamos,
cuando viendo del crimen los progresos
nos pintan irritados lo pasado;
ese tiempo lo sueñan los poetas,
pero no existe ya... ¿Por qué buscarlo?
Yo debía saber que el universo
se compone no más que de malvados.
¡Adelina es perjura! ¡Este billete!
¡En dos meses!... ¡La pérfida!... Leamos.
«Marqués, espérame media hora no más. Voy a procurar desaparecer del salón para ir a jurarte cuanto te amo.»
¿Quién es ese Marqués? Algún perverso
de esos que se complacen en ser malos,
corruptor... mi mujer no necesita
para amar que la liguen por las manos,
que se sirvan del habla seductora,

Librodot

que pasen suspirando muchos años,
que den pruebas de amor y de delirio,
que le hablen inundado el rostro en llanto;
mi mujer nada de eso necesita:
con alabar tan solo sus encantos,
con ocuparse solo en sus placeres,
con eso nada más es uno amado.
Amor de las mujeres, me engañaste,
solo eres un demonio disfrazado,
y yo te creí un ángel de consuelo,
bálsamo en el dolor de los humanos:
yo creí que tu beso solamente
en buenos convertía los malvados;
y yo que fui feliz cuando no amaba,
amé y al punto fui desencantado.
¡Ah! Ya acierto, ya acierto, soy culpable;
yo juré y no cumplí; ¿por qué me extraño
que, siguiendo mi ejemplo vergonzoso,
hoy no cumplan la fe que me juraron?
¿Por qué? Porque yo al menos ante el ara
no juré amor eterno; y si fui falso,
ni sacrílego he sido, ni perjuro;
pero juré ante el cielo, y he engañado
a esa pobre doncella saboyana.
¿No es verdad que es un crimen? ¡Ay! En vano
a mí mismo ocultármelo quisiera.
Mi mujer solamente me ha imitado.
Mas... ¡Dos meses después del casamiento!
¡Engañarme tan pronto... y con su mano
escribir la ignominia de su esposo!
¡Maldición! ¡Si pudiera aun dudarlo!
(Se sienta en un banco.)
¡Oh, cuál el pecho mío se complace
en el negro dolor que es mi tirano!
¡Cuál gozo al ver que nadie me interrumpe
en mi penar! Sentado en este banco,
las tinieblas tan solo me circundan...
Solo estoy. Nadie viene con su mano
a secar de mis pálidas mejillas
la lágrima que anuncia mi quebranto.
¡Oh! Nadie, nadie; así empecé la vida,
quizás así voy a acabar mis años;
sin ser feliz ni un día, ni una hora,
sin gozar... pero al menos me complazco
en ver que ese silencio tenebroso
respeta mi dolor... «Nunca fui amado.»
Así mismo me dijo ese mancebo
hace hoy solo dos meses... ¡Pobre Claudio!
Yo puedo decir hoy como tú has dicho,

Librodot

y con verdad... ¡Ah, no, nunca fui amado!

Escena IV

LA CONDESA, BELTON.

La CONDESA **sale con mucho misterio**; BELTON **desfigura la voz y habla muy bajo durante toda la escena**.

CONDESA ¿Me esperas, vida mía?
BELTON Sí, te espero.
CONDESA Y llenó de temores e impaciencia,
¿No es verdad? ¡Ah! Perdóname, no pudo
venir antes a verte tu Condesa,
tu Adelina, la amiga de tu pecho,
la que su vida misma por ti diera,
la que tiene tu amor... ¿Por qué sollozas?
Amado Antonio mío, ¿no soy tierna,
hermosa y celebrada? ¿No te adoro?
¿Qué quieres? ¿Qué te falta? ¿Qué deseas?
Dímelo pronto.
BELTON ¿Me amas, Adelina?
CONDESA ¿Y de ello no te estoy dando una prueba?
BELTON ¡Pobre Belton!
CONDESA ¡Qué triste es tu lenguaje!
¡Qué voz ronca! ¿Por qué tanta tristeza?
¡Qué dolor está envuelto en tus palabras!
Si yo te despreciara, di, ¿pudieras
hablarme con acento más doliente?
Antonio, sé feliz; ¿por qué recuerdas
a Belton, que no amé más que un instante?
Cometí, no lo ignoro, la imprudencia
de unirme a él; mas si le di mi mano
por compasión fue solo... ¿Lo repruebas?
Hice mal, puede ser; pero ¡ay! Entonces
tú no estabas aquí, que si te viera
no tendría valor para no amarte.
Ángel mío, mi Antonio, tú te alejas,
cual si mi aliento el aire emponzoñara;
me huyes, ¿por qué? Qué ¿te amedrentan
las cadenas de hierro que me ligan?
Dime que me amas, eso me consuela;
eso tan solo basta a consolarme...
¿Me amas, Antonio?...
BELTON Sí.
CONDESA ¡Ah, si te viera!
¿Estás malo? ¿Qué tienes? Ni te atreves
tan solo a hablar, ni a resollar siquiera.

Librodot

¡Cómo deseo verte! Me parece
que en tu rostro se lee la tristeza.
¿No es verdad que mi vista te sanara?
¡Oh, si en mis negros ojos tú leyeras
el amor que te tengo! Vida mía,
inclina sobre el hombro tu cabeza.
Así... ¿estás bien? Descansa.

BELTON ¡Ah si pudiese!
Esta será quizás la vez postrera
que reposo en tu seno.

CONDESA ¿Qué? ¿Qué dices?
¿Cuáles son tus tormentos y tus penas?
Cuéntame todo, cuéntamelo, quiero
contigo padecer.

BELTON ¡Oh si me vieras!
¡Cuál sufrieses al ver mi rostro negro,
arrugado, y mis ojos de centellas!

CONDESA ¡El pelo se me eriza! ¡Ah si te viese!

BELTON Adelina, ¿de veras lo deseas?

CONDESA ¡Oh, sí!

BELTON Te haré temblar.

CONDESA No importa.

BELTON Estoy desconocido.

CONDESA Yo te viera
entre miles y miles de mortales,
y te conocería...

BELTON Al fin deseas
ver mi rostro, ¿no es cierto?

CONDESA ¡Oh! Sí, mi vida.

BELTON **(Tomando la linterna y acercándosela al rostro.)**
Pues mírala, ¿te gusta mi presencia?

(La CONDESA **da un grito y huye.)**

Escena V

BELTON **solo**.

BELTON ¿Por qué no la detuve y de su audacia
no le he dado el castigo? Aquí a mi vista
debí hacerla temblar... Bien lo merece
la que rasgó mi corazón... ¡Inicua!
No contenta con verme esclavizado,
con ver correr mi llanto noche y día,
no satisfecha aún de mis desgracias,
quiere darme otras nuevas. Que prosiga,
que prosiga... mi pecho aun se sostiene;
que lo agarre en sus manos homicidas,

Librodot

y lo ponga en pedazos... eso falta
y nada más... Y luego que ella viva,
prodigando sus gracias a mil hombres,
olvidando también que ha sido mía,
olvidando que un hombre candoroso
la ha amado con ternura... Que ella viva,
y ofusque el resplandor de sus brillantes.
Un día llorará, cuando oprimida
del peso de los años y la infamia
no encuentre quien le haga una caricia.
Mujeres, ¡ah mujeres! Dadme oídos:
mientras sois tiernas, jóvenes, sencillas,
mil hombres se disputan vuestro pecho;
pero todo se acaba en esta vida,
y los años que arrugan nuestra frente
alejan el amor de nuestra vista.
¡Ah! Feliz la que escoge un hombre tierno,
le hace su compañero, su delicia,
su amor, su vida en fin... la vejez llega,
y él es siempre el amigo de su amiga.
De la amiga que un tiempo fue su amante,
su esposa y compañera, la que abriga
su cabeza en su seno en el invierno...
La que vive no más mientras él viva,
la que le da recuerdos de deleite,
la que sufrió con él cuando sufría,
la que gozó con él cuando gozaba,
a quien debe quizá toda su dicha.
¿Y el amante es lo mismo que el esposo?
El amante en gozando se retira;
el amante acompaña en el deleite,
y jamás en la pena. ¡Ay Adelina!
Muy tarde lo sabrás, pero está cierta
que lo sabrás al fin, y ya sumisa
buscarás a tu Belton que engañaste,
a Belton, que por ti diera la vida;
a Belton que estará ya en el sepulcro
por ti... El reloj... las doce... bien venida
seas, hora indicada con misterio...
Nadie viene... ¡Ah! Será para Adelina.

Escena VI

BELTON, CLAUDIA.

Librodot

CLAUDIA **(Vestida de mujer, corriendo con** BENJAMÍN **en los brazos.)**

Belton, espera ahí, toma tu hijo.

BELTON ¡Qué oigo! ¿Que es lo que veo? ¡Dios! ¿Qué es esto?

CLAUDIA Belton, ¿no me conoces? Yo soy Claudia,
esa que tú llamaste ángel del cielo,
yo soy esa infeliz que te ha adorado,
y que te adora aún... ¡Cuánto te quiero!
¡Cómo te amo, oh mi Dios!... ¡Ah! Te perdono
todo el mal que me hiciste, ya te veo,
y te puedo decir cuanto te adoro.
Sí, ya puedo decírtelo, mi Belton;
no te enfades... Si adoras a Adelina,
yo sé morir amándote en silencio.

BELTON ¡Morir!

CLAUDIA ¡Ah! No te asombre mi lenguaje.
Esa muerte horrorosa, el feo espectro,
descarnado, que aterra con su soplo,
que convierte en ceniza... ¿Tienes miedo?
¿Por qué, Belton, por qué?... Yo te perdono;
esa muerte, decía, es mi consuelo.
Si mi madre infeliz volviese al mundo,
si tendiese la mano desde el cielo
para secar el lloro de su hija,
¿crees que yo mostrara más contento
que si viese la muerte en mi presencia
aquí mismo... a la vista... y sobre el suelo
inerte me tendiese? Di, ¿lloraras
si me vieras morir? Dímelo al menos,
dímelo por piedad... ¡Ah, si supieses
cuanto bien esto hiciera al pobre pecho
que se dio a ti, lo mismo que al demonio
el impío se entrega en alma y cuerpo;
que se nutrió tan solo con tu imagen,
que te adoró y adora!... ¡Pobre Belton!
Dime, ¿Adelina te ama con más fuerza?

BELTON ¡Adelina! ¡Qué dices!

CLAUDIA ¡Ah! Te ofendo
al pronunciar el nombre de tu amante,
de tu esposa, yo pobre, que no tengo
más nombre que uno infame. A Dios, perdona,
ve al hijo de tu amor... Ahí te lo dejo,
a Dios... ¡Ah, sé feliz!...

BELTON Espera, espera.
¿Adónde vas? ¿Qué dices? No te entiendo.
Déjame descansar, deja que piense...
Deja que llore al menos un momento;
Claudia, siéntate aquí... Dime, ¿qué quieres?

CLAUDIA ¿Yo? Que seas feliz, solo eso quiero;

Librodot

que ames a Benjamín... Es nuestro hijo,
es hijo de los dos; te lo recuerdo
para que lo ames siempre; no lo olvides.
Y si algún día alivia tus tormentos,
si ese pobre muchacho te interesa,
¡ah!, si te hace dichoso, da un recuerdo
a su madre infeliz que tanto te ama;
un recuerdo no más, nada más quiero...
Una lágrima sola fuera mucho
para mí desgraciada... En otro tiempo
más te hubiera pedido; hoy Adelina
solo pedirte puede, yo no puedo...
A Dios, Belton, a Dios.

BELTON Claudia, mi Claudia,
ángel de la inocencia, rasga el velo
que cubría mi error... dame los brazos...
Yo te adoro, mi Claudia.

CLAUDIA ¿Será cierto?...
Pero no, tú te engañas, has pensado
que yo soy Adelina; ya lo veo.
Mírame bien, soy Claudia, esa muchacha
sin nombre ni familia; ve mi pelo,
¿conoces su color?... No tengo nada,
ni nada hay para mí en el universo.

BELTON Sino el padre de tu hijo.

CLAUDIA ¡Dulce nombre!
Tú eres quien lo pronuncias; ¡buen agüero!
¡Buen agüero! Quizá baje al sepulcro
dichosa, porque al fin ¿qué es lo que quiero?
Que tú, Belton amado, me consueles,
y me digas no más: «Yo te respeto,
porque viéndote sola, en la miseria,
con un hijo desnudo y medio hambriento,
no fuiste vil y baja como muchas;
porque no te valiste de un pretexto
para besar los pies de un poderoso,
y mostrar la belleza de tu pecho...»
En fin, Belton, deseo solamente
que al morir me repitas: «Yo te aprecio.»

BELTON ¿Y si te digo, Claudia, que en mi vida
solo he amado una vez, que bajo el cielo
para mí no ha nacido más que un ente,
y que no amo, ni, quiero, ni deseo,
ni he adorado jamás sobre la tierra,
ni adoraré jamás algún objeto,
sino tú, vida mía, ángel celeste,
mi paz y mi delicia y mi consuelo,
solo ser inocente de la tierra,
podrás, Claudia, creerme?

Librodot

CLAUDIA ¡Oh! Sí te creo.
Yo lo decía bien, es imposible,
ese Belton tan cándido y tan tierno,
tan noble en su querer, tan pensativo,
no puede amar, al menos con exceso,
un pecho sin candor, tan vacilante
cual las olas de un río turbulento,
que no tiene más Dios que los placeres,
y que ama nada más que por convenio,
no puede amar a una mujer hermosa
solo porque es hermosa... Que el afecto,
el verdadero afecto necesita
para poder vivir otro alimento.
La hermosura es ajada en solo un día,
las gracias se entristecen con el tiempo,
el tono cansa al fin, y hasta se apagan
los ojos que hoy despiden solo fuego...
¿Qué queda al largo trecho de los años?
El corazón que nunca será viejo;
eso Belton tan solo necesita
si ha de vivir feliz fuera del cielo,
y Adelina....
BELTON No nombres a ese monstruo.
CLAUDIA ¿Por qué?
BELTON Porque es justicia, la aborrezco.
CLAUDIA Dime, dime, ¿es infiel?... Acaba pronto...
BELTON Tu palabra es mejor que el juramento
de Adelina... Mi esposa no me ama.
CLAUDIA ¿Y por eso me vuelves hoy tu pecho?
¿Y quizás por vengarte solamente
hoy me vuelves a amar? Déjame, Belton,
deja que muera en paz; soy más dichosa
sabiendo que no me amas, que si creo
que por piedad tan solo me consuelas.
Porque si finges, mira, tus esfuerzos,
tu compasión, tus penas, todo, todo,
todo me hará sufrir nuevos tormentos;
únelos a los míos; ¿hay quien pueda
resistir tal martirio?... Sola al menos
moriré con dolor como he vivido,
mas resignada... Ah ¿lloras? ¡Pobre Belton!
BELTON Ámame, y ni soy pobre ni infelice,
ni lloraré ya más que de contento,
de júbilo a tu lado. Claudia, Claudia,
mi mano es de Adelina, no mi pecho;
este es tuyo, mi bien; tú eres mi esposa.
Dime, Claudia, otra vez que el caro afecto
es para Belton solo.
CLAUDIA Noche y día

Librodot

te lo dijera yo, que el tierno pecho
lo reputara poco.

BELTON Mira, Claudia,
¿qué hay para entrambos dos sobre este suelo?
Para mí el pecho tuyo solamente,
para ti solo el mío; y cual consuelo,
si alguna vez los males nos aquejan,
este niño infeliz que tanto tiempo
hizo brotar tus lágrimas, ya alegres
nos verá sonreírnos a sus juegos.
Pues... el cielo me inspira... Vamos, Claudia,
huyamos de este sitio que aborrezco,
vamos a ser felices.

CLAUDIA ¿Qué pronuncias?
¡Felices si dejamos el sendero
de la augusta virtud! Es imposible.

BELTON Imposible... Yo soy quien te lo ruego.
Huyamos de este sitio de desgracias,
huyamos, cara esposa.

CLAUDIA No, no puedo.

BELTON **(Tomando con ternura a** BENJAMÍN **en sus brazos.)**

Hijo del infortunio, no me escuchan,
y me juran amor y amor eterno.
Llora cual yo, infeliz; riega las plantas
de tu mísera madre... Huyamos presto.

CLAUDIA **(Dejándose caer sobre un banco de piedra.)**
Belton, ten compasión de una infelice.

BELTON Claudia, hace muchos años que padezco;
mi padre me ha dejado con fortuna,
huérfano enteramente... Fui pequeño,
y fui feliz entonces... No sufría...
Pero más tarde hallé que había un hueco
en mi alma, que nadie le llenaba,
y atormentado, lleno de despecho,
corrí el mundo, busqué por todas partes
quien me diese la calma y el sosiego,
quien me hiciese vivir, sino dichoso,
al menos no infeliz... Anduve ciego,
y nada hallé por fin... Yo me avanzaba,
y la dicha también... Al fin sediento
me entregué a los placeres, fui malvado,
engañé por gozar... Esto es lo menos;
tal sed me devoraba las entrañas,
que quería entregarme a otros excesos;
todo para olvidar que estaba solo...
Por gozar incendiara el universo.
Entonces te encontré, pobre muchacha
te vi, te hablé sin conocer tu precio,

Librodot

pero te amé, te amé; no, no lo dudes;
y mil veces a mí llegara el eco
de tus plañidos lúgubres... mas, Claudia,
todavía no estaba satisfecho.
Seguí aún más, y encontré... ¡Quién lo creyera!
Un demonio con ojos lisonjeros
transformado en mujer encantadora;
me atrajo, me sedujo... Yo me acerco
incauto y sin temor, y soy perdido...
Hoy te vuelvo a encontrar, y te consuelo.
Ángel de la inocencia...

CLAUDIA

No prosigas,
no te puedo escuchar, no puedo, Belton,
un crimen me hizo madre de tu hijo,
y no quiero deber a un crimen nuevo
mi dicha que se cifra en tu cariño.
Para mí nada tiene el universo,
sino tú y Benjamín ...Yo le vería
reducirse a la nada en un momento,
que me echaban contigo y este niño
sobre la seca arena de un desierto,
que a los tres por morada nos le dieran,
y el pecho palpitara de contento;
y ni patria, ni honores, ni riquezas,
deseara en los brazos de mi dueño.
Sin ti no viviré; pero ¿qué importa,
si vives tú feliz?... Mucho te quiero,
pero amo más tu honor y tu ventura.
Si te hago abandonar aqueste suelo,
yo, infelice mujer, llena de infamia,
la sinrazón despótica al momento
dirá: «Belton merece ser odiado;
rompió los santos nudos de himeneo
por seguir a una pobre saboyana,
que logró apoderarse de su pecho.»
¿Y habrá quien diga entonces: «Es mentira
que Belton digno sea de desprecio?»
Si a ti te respetara la calumnia,
y sobre mí lanzase el golpe horrendo,
sobre mí nada más, yo te siguiera.
Que digan: «Claudia es digna de desprecio,»
se puede esto sufrir; pero que digan:
«Belton es un objeto que aborrezco,»
eso no... no se sufre... es imposible.
Hierve mi sangre... ¡Niño, dame un beso...

(Abraza con ternura a su hijo, y se precipita a la puerta del jardín y desaparece después de haber gritado:)

Librodot

Padre de Benjamín, vive dichoso.
BELTON ¿Adónde vas?... Espera... Dame tiempo...
Niño, mi Benjamín, llama conmigo,
llama a tu triste madre. -Yo no puedo
(**Mirando la casa en que entró** ADELINA.)
vivir con una adúltera... -Corramos.
Por do quier a tu madre buscaremos;
y si hasta el fin desoye mi plegaria
a sus pies a lo menos moriremos.

Librodot